

Quizá mi humilde libro sirva de homenaje á la justicia, apartando de ese hombre, las apasionadas imputaciones que, con agravio hasta de la caridad, le hacen sin cesar sus encarnizados acusadores.

Ayudar á la historia de mi patria, y rendir homenaje á la justicia, son, pues, los fines que me he propuesto al escribir este libro.

*Rafael L. Torres.*

*León, Noviembre de 1904.*



## PRIMERA PARTE.

### CAIDA DE LA PLAZA DE QUERÉTARO.

#### I.

#### CÓMO FUÉ OCUPADA LA PLAZA DE QUERÉTARO.

**M**EXICO ardía en universal incendio.

De una parte la República, cuya bandera empuñaba el grande hombre, peregrino del Norte, de la otra el Imperio, importado á nuestro suelo en las bayonetas del pequeño Napoleón, luchaban en los campos de batalla.

Era cuestión de vida ó muerte aquella.

Miles de hombres de ambas partes habían sucumbido en la pelea; y sin embargo, se continuaba luchando.

Los dos, República é Imperio, se dieron cita en la plaza de Querétaro, como campo de honor, para decidir su suerte por medio de las armas. El vencido debía quedar allí tendido á los pies del vencedor.

Sitiada la plaza desde el 14 de Marzo de 1867, con estrechísimo cerco, por el ejército republicano, al mando del general Don Mariano Escobedo, con un efectivo de treinta y cinco mil soldados, y defendida por el imperialista, acaudillado por el mismo príncipe Maximiliano, llamado Emperador de México, fuerte de diez mil hombres al comenzar el sitio, y reducido en sus postrimerías, á sólo cuatro mil, se combatía con éxito vario, sin descanso, casi á diario, por una y por otra parte.

La situación, empero, de los ejércitos contendientes, era bien distinta: en el republicano abundaban los víveres y municiones, y aumentaba sin cesar el contingente de hombres que iban de todos los ámbitos de la República, á pelear por su

causa; en tanto que en el imperialista de todo se carecía: ni pan para los soldados, ni municiones para el combate; la disminución constante en sus filas, el hambre con todos sus horrores en el ejército, y en los pacíficos habitantes de la ciudad sitiada, al grado de haber llegado á ser exquisito manjar la carne de animales inmundos; la peste consiguiente á un sitio, segando vidas; y por doquier, la ruina y desolación. Y si la resistencia se había prolongado, era debido, sin duda, al espíritu levantado, al ingenio y al valor incuestionables de los generales imperialistas; nó á su jefe.

Tanta miseria y ruina tanta, determinaron al Archiduque á llegar á un desenlace. La cuestión militar había traspasado los límites de lo humanamente posible. Urgía llegar al término de la lucha, y fué por eso que el 14 de Mayo se verificó una junta de guerra de los jefes imperialistas, á la que concurrieron los generales Miguel Miramón, Tomás Mejía, Severo del Castillo y Manuel Ramírez Arellano.

Se discutieron las cuestiones del orden militar que había que resolver, y se tomó, por fin, una gran resolución: ella era así, copiada del dictámen rendido al Soberano: "Atacar desde luego al enemigo hasta derrotarlo completamente, verificándolo en todos los puntos de su línea: si las tropas imperiales fueren rechazadas en este ataque, evacuar inmediatamente la plaza, inutilizando primero la artillería y todos los trenes, y rompiendo después el sitio á todo trance, único medio de salvar de la barbarie del enemigo, el mayor número de soldados del ejército imperial." (1)

No es aquí la oportunidad de analizar el punto de si con un ejército de cuatro mil soldados, sin víveres, sin municiones, extenuado hasta el agotamiento á causa de tanto combatir, según el cuadro que de él trazan en el mismo informe los propios jefes de la junta, se hubiera podido derrotar en toda su línea, á un ejército de treinta y cinco mil hombres, reforzado constantemente, moralizado por sus recientes triunfos, y seguro de su superioridad sobre su enemigo. Sólo si diré que en condiciones tales, creo que eso de la derrota de los sitiadores y la ruptura del sitio, se habría convertido en el más tremendo fracaso para los sitiados. Pero lo que si importa deducir de aquel informe, es la insostenibilidad de la situación militar, y la necesidad ineludible á que se había llegado, de desenlazarla ya, bien por una capitulación, extremo que la junta desechó, por creer que no debía tratar con un enemigo

(1) Reseña Histórica de la formación y operaciones del Cuerpo de Ejército del Norte, por el Sr. Juan de Dios Arias, pág. 223.

salvaje, como llamaba á los republicanos, bien por un hecho de armas, cuyo éxito, á la luz de todas las probabilidades humanas, habría sido terriblemente desastroso para los sitiados. Esta fué, empero, como hemos visto; la gran resolución que se tomó, no obstante los inmensos peligros que ofrecía su ejecución.

Pero mientras la junta de guerra tomaba tamaña resolución, otro hecho, cuyo conocimiento es el único objeto de este libro, se realizaba á la misma hora: el coronel imperialista Don Miguel López, había pasado, enviado dijo él por su Soberano, al campo republicano, y había celebrado con el general en jefe del ejército sitiador, un arreglo para que éste ocupara con sus tropas, el puesto militar del Convento de la Cruz, que es la llave de la ciudad sitiada, puesto que guarnecía con sus soldados el mismo coronel López. Hubo el arreglo, y quedó señalada entre ambos la madrugada del día siguiente, 15 de Mayo, para efectuar aquel movimiento.

A las tres de la madrugada de ese día, se realizaron, en efecto, con asombrosa rapidez los acontecimientos, que trajeron por consecuencia inmediata la rendición de la plaza, y la captura de todo el ejército imperialista, con su jefe y generales.

Ahora, para el objeto de este libro, creo conveniente narrar el modo como fué entregado por el coronel Don Miguel López, el punto de la Cruz, confiado á su cuidado, de la ocupación del cual por el enemigo, dependía inevitablemente, según el orden militar, la caída inmediata de la plaza.

Esta descripción es tanto más interesante, cuanto que ella servirá eficazmente para concordar ciertos hechos que expondré más adelante, íntimamente conexos á ese acontecimiento, los que, si refiriera aisladamente, sin el conocimiento previo de los detalles de aquel suceso, resultarían confusos y hasta incoherentes; y ella, por otra parte, nos dará á conocer algunos datos muy útiles para el examen analítico de la cuestión histórica que trata de dilucidar.

Ahora bien, todos los historiadores están conformes en el modo como fué entregado el puesto militar del Convento de la Cruz, por su jefe el coronel Don Miguel López, á las fuerzas sitiadoras republicanas, aunque en punto á detalles, unos son más explícitos que otros; pero á juicio del sabio historiógrafo Doctor Don Agustín Rivera, la más completa narración á ese respecto, es la hecha por el historiador vizcaíno Don Niceto de Zamacois, hombre probo y laborioso, quien reuniendo diversos datos, escribió con gran acopio de detalles, el acontecimiento histórico de referencia.

Con la opinión, pues, de aquel eminente sabio, voy á seguir en este suceso al historiador Zamacois.

Dice así este autor: (1) "El individuo á quien el general en jefe republicano había confiado la empresa de hacerse dueño del punto, fué el general Don Francisco A. Vélez. . . . . Se pusieron á sus órdenes los excelentes batallones denominados *Supremos Poderes* y *Nuevo León*.

Se dirigió con las precauciones debidas, seguido del general Don Feliciano Chavarría, del joven coronel Don José Rincón (Gallardo), de Don Agustín Lozano, coronel también, así como otros jefes y de los batallones referidos, al sitio de que debía hacerse dueño, . . . . . Eran como las dos de la madrugada, cuando guardado el mayor silencio posible y favorecido por la intensa obscuridad que reinaba, penetró en la huerta de la Cruz por la cañonera derecha de la barda izquierda, de que se había hecho retirar la pieza de artillería que allí había estado situada, por hacer parte de las que debían formar la batería de ataque en la salida que había proyectado verificar: —Una vez dentro de la fortaleza la tropa republicana, la ocupación de los diversos puntos de ella en que había alguna guardia, fué cosa que se ejecutó fácilmente. Nadie desconfiaba de Don Miguel López, y siendo además jefe de la línea, no podía llamar la atención de nadie que transitara en el interior del perímetro al frente de las tropas que se habían introducido, y mucho menos cuando no tenían motivos para sospechar que perteneciesen al ejército republicano. — Conducidos, pues, los batallones de "Supremos Poderes" y "Nuevo León" por Don Miguel López, todas las guardias imperialistas fueron relevadas por fuerzas liberales, sin que aquellos maliciasen la más leve cosa, puesto que el relevo lo mandaba el mismo jefe encargado del punto. — Por la manera de que se valió para hacerse de la plataforma en que se hallaba el subteniente de artillería Don Alberto Hans, podrá el lector figurarse cómo se haría de los demás puntos de los parapetos, custodiados por cortas fuerzas que se juzgaban en el deber de obedecer sus órdenes. — La noche era bastante fresca y la obscuridad apenas permitía distinguir los objetos. El joven subteniente Don Alberto Hans, para vencer el sueño, según él mismo dice en una obra sobre los acontecimientos de Querétaro, se puso á pasear sobre la plataforma. Después, viendo que no tar-

(1) Págs. 1332 y siguientes de su *Historia General de México*. Transcribo aquí su narración, tal como la transcribió el Sr. Dr. Rivera en su notable obra, "Anales de la Reforma y el Segundo Imperio;" omitiendo las inútiles repeticiones á que fué muy dado aquel autor; señalando con puntos suspensivos, las frases omitidas.

daría mucho en amanecer, se sentó en la cureña de una pieza de á 8, embozándose en una manta, que en México tiene el nombre de zarape. De repente le pareció oír pasos de algunos que se dirigían rápidamente hácia la plataforma, y á poco se presentó á su vista el coronel Don Miguel López, á quien reconoció por su vistoso uniforme bordado de plata que usaba. El joven subteniente le saludó. Don Miguel López, mostrándole entonces la tropa que con él iba, le dijo con precipitación: "Aquí está un refuerzo de infantería; despierte V. inmediatamente á sus artilleros; mande V. retirar esta pieza de su tronera y oblicuela V. á su izquierda, pero pronto." — Don Alberto Hans, pensando que había llegado el momento de la salida, despertó inmediatamente á los artilleros; pero no habiéndose levantado el sargento Guzmán, que era anciano y estaba algo enfermo, con la prontitud que Don Miguel López anhelaba, le reprendió éste ásperamente hasta que le vió en pie. Entonces reiteró sus órdenes al subteniente Hans, y partió precipitadamente, dejando el pelotón de infantería que había llevado, el cual estaba mandado por un oficial. — El joven subteniente obedeció con puntualidad la orden recibida. Considerando que los sitiadores trataban de penetrar hácia la izquierda, como lo había indicado Don Miguel López, mandó agregar un bote de metralla á la carga que tenía ya en el cañón, y dió á éste la dirección requerida. Durante esta operación, la fuerza de infantería que había dejado Don Miguel López, se formó detrás de la pieza de artillería. Cuando terminado el trabajo de colocar el cañón, el subteniente Hans se iba á ceñir la espada que se había quitado para trabajar con más desembarazo, se encontró sin ella, así como sin sus carabinas los artilleros. No dudando que los soldados que había dejado Don Miguel López como refuerzo, fuesen los que habían hecho desaparecer aquellas armas, se acercó al oficial para reclamarlas. Al ver que este respondía vagamente y como tratando de esquivar toda conversación, le miró con cuidado y vió, no sólo que la fisonomía de él le era enteramente desconocida, sino que el traje de los soldados era muy descuidado. Sin embargo, pensó que aquella debía ser la 8ª ó 9ª compañía de uno de los batallones imperialistas; pero que para reponer en lo posible las pérdidas, se habían compuesto las dos últimas compañías de cada cuerpo, con reclutas de la ciudad y aun con prisioneros hechos á los sitiadores. Don Alberto Hans, extrañado á pesar de todo, el modo de obrar de aquella fuerza, le preguntó al oficial á qué cuerpo pertenecía, y le respondió con aplomo que formaba parte de la brigada Méndez. Como el joven subteniente de artillería había perte-

necido á la expresada brigada y no recordaba haber visto en ella á su interlocutor, conociendo que allí estaba pasando alguna cosa extraña, le suplicó dijera la verdadera causa de su presencia en su puesto. El interrogado le contestó que uno de los batallones que guarnecía la Cruz iba á sublevarse y á dejar penetrar á los republicanos en la plaza; pero que, por fortuna, la conspiración había traspirado, y se mandaba relevar todos los puntos con su cuerpo. Al escuchar esta noticia Don Alberto Hans trató de ir á hablar á Don Miguel López que, según el oficial le dijo, se hallaba en el punto del cementerio; pero en el momento de bajar de la plataforma, un centinela que él no había notado desde luego le detuvo, dándole el grito de: ¡Alto ahí! El subteniente Hans, comprendiendo que el centinela tenía la consigna de no dejar bajar á nadie, se dirigió al oficial á fin de obtener para él la revocación de aquella orden. El oficial eludió la respuesta. Instado éste por varias preguntas que le hizo el expresado subteniente Hans, le dijo al fin: "No tema V. nada, Señor; está entre soldados del ejército regular: no somos guerrilleros; pertenecemos al batallón de *Supremos Poderes* de la República."—El joven subteniente quedó aterrado; un frío glacial se apoderó de todo su cuerpo; le parecía estar soñando; los sitiadores estaban allí; eran dueños de la plaza. Asombrado de lo que veía y escuchaba, Don Alberto Hans preguntó al oficial republicano si el coronel Don Miguel López era quien lo había conducido allí. "Ciertamente, le respondió sonriendo el oficial; pero le repito á V. que nada tiene V. que temer, porque somos del ejército regular; no se le hará daño ninguno."—El joven subteniente se hallaba prisionero con la corta fuerza que mandaba, como se hallaban todos los jefes y oficiales que habían estado encargados de los puntos de la línea que mandaba Don Miguel López.—Para cada comandante de las guardias que llegó á relevar con las fuerzas republicanas, tenía un motivo diverso que exponer. Ya el lector ha visto lo que ordenó al subteniente Hans. Pues bien, al comandante del Panteón le dijo: "que un batallón del general Don Leonardo Márquez, burlando la vigilancia de los sitiadores, había penetrado en la plaza, y tropa de ese batallón era la que le seguía para relevar la empleada en aquellos puntos, que debía incorporarse al suyo, pues se iba á emprender un movimiento á la madrugada."—De esta manera fueron quedando prisioneros los defensores de la Cruz sin que se llegase á disparar un tiro, y con un silencio admirables.—Deseando Don Miguel López salvar al Emperador, como se había propuesto desde un principio, hizo llamar al teniente coronel Don Antonio Yablouski y le

ordenó que marchase prontamente al alojamiento de Maximiliano, situado en el claustro de la Cruz; le dijera que había sido sorprendido y hecho prisionero en la huerta de la Cruz, por las fuerzas republicanas que habían penetrado sorprendiendo la entrada por la barda de ella y que procurase ponerse en salvo. Eran entonces las tres de la mañana. Yablouski marchó á cumplir con el encargo que se le había hecho.—Sorprendidos la Cruz y el cementerio, las fuerzas republicanas procuraban hacerse dueñas con la mayor prontitud de todo el edificio, lo cual lograron fácilmente y sin ruido, puesto que iban guiados por Don Miguel López y protegidos por la obscuridad de la noche. El coronel republicano Don José Rincón Gallardo ocupó con su tropa las alturas del convento, las escaleras, los patios y todas las salidas, desarmando á la gendarmería, así como la compañía de ingenieros, al batallón del Emperador y á los voluntarios, antes de que despertasen completamente.—"Los republicanos, dice..... Hans en su obra sobre los acontecimientos de Querétaro, se echaron después, sin ruido, sobre la artillería formada en la plaza de la Cruz, y que esperaba el momento de ponerse en marcha para la salida del siguiente día. Se apoderaron también de la flecha que defendía la izquierda de la Cruz, de la iglesia contigua, de los trabajos de la derecha del hospital, de los almacenes del parque de artillería que se encontraban también de aquel lado. La corta reserva compuesta de una parte del 3º de línea, que descansaba en el patio de entrada y en los corredores del hospital, fué desarmada y hecha prisionera con la facilidad que se encuentra en todos los detalles de esta sorpresa, gracias á Don Miguel López que guiaba á los republicanos y daba las órdenes necesarias para prevenir ó impedir toda resistencia. Como nadie sospechaba ni comprendía lo que pasaba, no se disparó ni un solo tiro, ni se dió un grito de alarma, mientras que el cuartel general y sus anexos caían en poder de los republicanos, en medio de una calma fantástica."—En el momento en que las fuerzas republicanas estuvieron en posesión de la Cruz, que era el punto dominante y clave de la ciudad, que debía considerarse como la toma de Querétaro, el teniente coronel Yablouski, llegó al alojamiento del general imperialista Don Severo del Castillo, y despertándole inmediatamente, le dijo que los republicanos habían penetrado en la Cruz, y que procurase salvar al Emperador, á quien acababa de comunicar la misma alarmante noticia por medio de una de las personas de su servicio. Serían entonces las cuatro y media. La obscuridad era completa.—El primero que entró en la habitación de Maximiliano comunicándole lo que pasaba,

fué su secretario Don José L. Blasio. Pocos momentos despues entró á comunicarle la misma noticia el teniente coronel Don Agustín Pradillo, que era su oficial de órdenes..... Pradillo, que había ido á cerciorarse por sí mismo de lo que pasaba y vió ocupado el edificio de la Cruz y tomadas las ocho piezas de artillería que estaban en la plazuela, puso en conocimiento del Soberano cuanto acababa de observar.—El príncipe de Salm Salm, á quien también había avisado Yablouski de lo que pasaba, diciendo que salvase al Emperador, entró en la habitación de éste, á donde había acudido igualmente..... Castillo.—Maximiliano tomó unos papeles importantes, dió una de sus pistolas á Pradillo, empuñó él la otra y acompañado de éste, del general Castillo, de..... Blasio y de..... Salm Salm, salió de su habitación á la puerta en la cual dijo..... “Salir de aquí á morir es el único camino.”—Dichas estas palabras, atravesó el corredor, seguido de los cuatro individuos referidos.—Llevaba el Emperador su uniforme de general de división, pero iba cubierto con un sobretodo que se puso para resguardarse del frío de la mañana: el sombrero era de anchas alas, bordado de oro en su parte inferior, llamado en el país *jarano*. El general..... Castillo, así como el príncipe de Salm Salm y..... Pradillo iban de riguroso uniforme.—Al bajar la escalera encontraron en ella un centinela republicano del batallón de Supremos Poderes, que, tomando á Maximiliano por uno de los jefes del ejército liberal, no sólo por el sombrero que llevaba sino también por el desenfado con que se acercaba, echó armas al hombro, dejándole pasar, correspondiéndole el Emperador á aquel saludo. Maximiliano y los que con él iban continuaron su marcha, y en el patio que atravesaban se hallaron con una compañía del mismo batallón de Supremos Poderes..... Fuera ya del patio y al salir á la plazuela, se encontraron con otra fuerza, también republicana, que custodiaba allí la artillería. Maximiliano, amartillando su pistola dijo á los suyos: “Adelante,” y siguió intrépido su marcha. A pocos pasos fueron alcanzados por algunos oficiales republicanos que les marcaron el alto; pero el Emperador, resuelto á arrostrar todos los peligros ó perecer, lejos de intimidarse y retroceder, preparó su pistola y repitió á sus cuatro adictos la palabra “Adelante.” En esos momentos se interpusieron algunos soldados republicanos al paso de los cinco, rodeándoles para que se detuvieran. Don Miguel López, que se hallaba entre los oficiales que habían marcado el alto, se acercó á reconocer á los detenidos, y viendo que era el Emperador, á quien tenía empeño en salvar, dijo en alta voz á los soldados: “Esos Se-

ñores pueden pasar; son paisanos.” Los soldados obedecieron, aunque los que habían sido detenidos vestían traje militar; y Maximiliano con sus cuatro leales servidores, continuó su marcha á paso acelerado. Al llegar al cuartel de la escolta del Emperador, éste le dijo á Pradillo: “Sería conveniente que me trajese mi caballo.” Para obsequiar el deseo del Soberano..... Pradillo se separó de él, á fin de conducirle el corcel, y Maximiliano, seguido..... de Salm Salm, de Castillo y de Blasio, llegó hasta el palacio departamental, donde se detuvo.”—Entretanto, el coronel republicano Don José Rincón Gallardo, después de haber dejado asegurada la posesión de la Cruz, y guiado siempre por Don Miguel López, se dirigió al centro de la plaza, al frente del batallón de *Nuevo León*. Como en el convento de San Francisco se hallaba el parque general de los imperialistas, y la posesión del punto era mas importante, marchó á apoderarse de él y de la torre. Pronto se hizo dueño de ambas cosas; pues viendo el jefe de la división de artillería Don Félix Becerra que allí mandaba, que Don Miguel López acompañaba la fuerza, le dejó entrar sin desconfianza, siendo hecho prisionero en el acto con los soldados que tenía. No habían transcurrido mas que algunos momentos, cuando la escolta imperial y el escuadrón de húsares austro-mexicanos pasaban por el mismo punto de San Francisco que acababa de caer en poder de los republicanos, para irse á incorporar con el Emperador en el cerro de las Campanas. Don Miguel López, que era su jefe directo, les mandó hacer alto y desmontar de sus caballos. Obedecida la orden sin desconfianza, hizo prisionero al capitán Paulowski y á sus oficiales, así como á los de la escolta imperial, y mandó á los soldados que depusieran sus armas que fueron recogidas inmediatamente por la tropa republicana. Igual cosa hizo con todos los destacamentos que encontró y que marchaban hacia el punto de reunión.”—Pradillo llegó á los pocos instantes conduciendo el caballo del Soberano.—Casi en el mismo momento se presentó Don Miguel López montado en un excelente alazán..... El Emperador, le preguntó: “Qué es lo que pasa, coronel López?” Este interesado en que se pusiera en salvo, le contestó: “Señor todo está perdido; vea Vuestra Magestad la tropa enemiga que viene muy cerca”..... Maximiliano se dirigió al Cerro de las Campanas, á cuyo punto había encargado se citase á Mejía y á varios jefes de su ejército..... Cuando llegó, solo encontró en él ciento cuarenta hombres de infantería de que disponer. Poco despues llegó el general Don Tomás Mejía con una corta fuerza de caballería. En seguida de él, y sucesivamente, fueron llegando los coro-

neles Segura, Campos y otros jefes y oficiales, unos solos y otros con algunos pocos soldados que habían podido reunir. El Emperador esperaba con impaciencia la llegada del general Don Miguel Miramón. A él únicamente aguardaba para acometer por una de las líneas de los sitiadores y abrirse paso. . . . . Cada vez que se veía á cierta distancia alguna corta fuerza de imperialistas que llegaba al Cerro, le decia. . . . . á Pradillo: "Vea V. si en el grupo que viene allí se distingue á Miguel: solo á él espero: no quiero serle inconsecuente." En aquellos momentos llegó el regimiento de la "Emperatriz," llevando á su frente al coronel Don Pedro A. González. . . . . González le comunicó entonces una noticia que conmovió profundamente al Emperador. La noticia fué que Miramón había sido herido, y que se le operaba en aquellos momentos. . . . . El joven general había salido muy temprano de su casa y se dirigió hacia la Cruz, muy ageno de imaginarse siquiera que la posición había sido ocupada por fuerzas republicanas, cuando al pasar por la plaza de San Francisco encontró á un oficial de la escolta del Emperador que se dirigía corriendo al Cerro de las Campanas. "Mi general, dijo á Miramón deteniéndose un instante, nos han vendido: la Cruz está en poder de los republicanos" . . . . . Miramón. . . . . sacó su pistola de seis tiros y se dirigió hácia la Cruz seguido de sus ayudantes. No bien había andado algunos pasos cuando se encontró con un destacamento republicano, cuyo oficial, adelantándose rápidamente, disparó sobre. . . . . Miramón varios balazos con una pistola giratoria de ocho tiros. . . . . Una de las balas fué á dar en el pecho al ayudante Ordoñez, que cayó muerto. . . . . Miramón. . . . . recibió un balazo en la mejilla derecha. . . . . viendo que la sangre corría en abundancia de su mejilla. . . . . sacó un pañuelo y trató de contenerla. Entonces, disparando el último tiro, emprendió la retirada. . . . . con el fin de que se le detuviera la sangre recibiendo la primera curación en el instante, para marchar en seguida á reunir los soldados que pudiera y batirse, entró en la casa del médico Don José Licea.—La situación del Emperador y de los que habían logrado reunirse á él, era cada vez más crítica. Toda la fuerza reunida en el Cerro de las Campanas solo ascendía á ochocientos hombres. . . . . En seguida les ordenó (á Mejía y á Castillo) que entrasen á deliberar en una tienda de campaña que en el Cerro había.—Mientras los dos referidos generales. . . . . se ocupaban en ver lo que sería mas conveniente hacer, el Emperador. . . . . esperaba. . . . . la determinación que tomasen los generales, paseándose solo en el recinto del reducto. Conociendo que. . . . . podría ser

hecho prisionero, se acercó al instruido abogado Don Ignacio Alvarez. . . . . á quien distinguía con su aprecio su leal Ministro Don Manuel García Aguirre, y le dijo: "Quisiera que me indicase V. como podría evitar que cayeran en poder de los republicanos mis condecoraciones, mi cartera, mi reloj y algunos otros objetos que traigo y deseo que no se pierdan.—Don Ignacio Alvarez le contestó: "Señor, el escribiente de Vuestra Magestad Don José Blasio podrá salvarlo todo. "Una granada cayó al terminar estas palabras á distancia de algunos pasos del Emperador y del que con él hablaba. El proyectil reventó, llenando de tierra á los dos, pero sin herir á ninguno de ellos. . . . . El Emperador sacó entonces de uno de los bolsillos de su sobretodo un paquetito de papeles y dió orden á su escribiente Don José Blasio y al capitán Fuerstenvaerther de que los quemasen en la tienda de campaña. Pronto aquellos pliegos fueron reducidos á cenizas, sin que nadie haya sabido lo que contenían."

"Como no obstante haber enarbolado bandera blanca, los sitiadores continuaban lanzando una lluvia de balas de cañón y granadas del cerro de San Gregorio y otros puntos, sin duda porque no habían visto la señal, se colocaron otras varias sobre los parapetos del reducto. . . . . Entonces Maximiliano, acompañado de sus generales, jefes y oficiales, empezó á descender del Cerro de las Campanas para dirigirse á donde se hallaba el general Don Ramón Corona. . . . . En seguida un oficial francés llamado Félix d' Acis, preguntó al Emperador mirándole con altanería, si era Maximiliano. El Emperador. . . . . le respondió sonriendo desdeñosamente: "Con efecto, yo soy Maximiliano." Entonces el oficial francés descubriéndose la cabeza, dijo en tono enfático y tomando una actitud burlesca: "Maximiliano de Austria, yo te saludo." El Emperador le envió una mirada despreciativa y volviéndole la espalda etc. . . . . Cuando se hallaba cerca de la garita de Celaya, se detuvo, viendo que se dirigían á su encuentro. . . . . el segundo general en jefe. . . . . Corona, acompañado del general Cortina y de su estado mayor. . . . . Maximiliano indicó en seguida al general republicano que anhelaba hablarle aparte. . . . . En los momentos en que el ilustre prisionero iba á tomar la palabra, llegó á caballo un ayudante del general en jefe Don Mariano Escobedo, con orden de que se condujera á los prisioneros al cuartel general. . . . . Corona puso entonces á disposición del expresado ayudante á todos los jefes y oficiales imperialistas á excepción del Emperador, Mejía, Castillo, el príncipe de Salm Salm y. . . . . Pradillo. . . . . á quienes para que nadie pudiera ofenderles, quiso acompa-

ñarles él mismo. El ayudante de..... Escobedo partió con los jefes y oficiales imperialistas..... escoltando á los primeros una fuerza del regimiento de Cazadores de Galeana. Pocos instantes despues..... Corona se dirigía con Maximiliano y sus cuatro leales adictos hacia la garita de San Pablo, por donde iba á su encuentro..... Escobedo..... Presentó á éste sus prisioneros, dándole cuenta de lo acontecido hasta aquel momento. Maximiliano al ser presentado á..... Escobedo, se desciñó la espada y entregándola al jefe republicano, dijo con dignidad: "Ya soy prisionero de usted"... Escobedo tomó la espada y la dió al jefe de su estado mayor. En seguida dictó algunas disposiciones, y una parte de su escolta partió á poco llevando presos á Mejía, Castillo y..... Pradillo, quedando (*con Escobedo*) el Emperador y el príncipe de Salm Salm..... Encargó (*poco despues Escobedo*) al general Don Vicente Riva Palacio que condujese á Maximiliano al convento de la Cruz..... Cuando llegó á la Cruz, el Emperador desmontó su caballo y se lo regaló á..... Riva Palacio, como una manifestación de aprecio por las buenas cualidades que le distinguían..... La pieza destinada para prisión de Maximiliano era la misma que le había servido de alojamiento; pero de ella había desaparecido todo, excepto su catre de campaña, una mesa y una silla. El egregio prisionero quedó solo en su prisión, entregado á sus pensamientos. En el corredor, frente al cuarto que ocupaba se colocó una compañía de los Supremos Poderes, con un centinela delante de la puerta, y otra fuerza se puso en una azotea que quedaba frente de la puerta en la otra extremidad. Los generales Don Tomás Mejía y Don Severo del Castillo fueron colocados en el cuarto del Dr. Basch..... A Pradillo, al príncipe Salm, al secretario Don José Blasio y al Conde Pachtá, se les puso en un cuarto al cual se entraba por la misma azotea que arriba dejo referida, de manera que, pasando por ella, podían comunicarse con el Emperador.—Eran entonces las diez de la mañana.—Entre los dignos jefes republicanos que le visitaron (*á Maximiliano*) se hallaban Don José Rincón Gallardo y su hermano Don Pedro..... Estaba con el Emperador, en aquellos momentos, el príncipe de Salm Salm..... Blasio y..... Pradillo. En la conversación, uno de los oficiales republicanos refirió los pormenores con que había sido entregado el punto de la Cruz, haciendo saber á Maximiliano que quien había dado entrada á la fuerza sitiadora, era Don Miguel López."

Hasta aquí el historiador Zamacois; pero para completar su narración, y para el objeto de este libro, importa mucho que conozcamos algunos otros pormenores del acontecimiento his-

tórico que venimos detallando; pormenores que se hallan consignados en las "Memorias sobre Querétaro y Maximiliano," escritas por el príncipe don Félix de Salm Salm, y en la "Reseña Histórica de la formación y operaciones del Ejército del Norte," publicada por el historiador Don Juan de Dios Arias; y añadiremos los que me ha referido el coronel Don José M. Rincón Gallardo (1) en multitud de conferencias que con él he tenido.

Dice Salm Salm, en su obra citada (2), refiriéndose á la junta de guerra de los jefes sitiados verificada en la noche del 14 de Mayo: "Despues que se habían retirado los generales, mandó el Emperador por López, y le condecoró con la medalla al valor. A causa de qué ó por qué hechos, ha sido para mí un enigma. Cuando López se había ido, el Emperador me comunicó las resoluciones del consejo y agregó: "Se que vd. no se encuentra satisfecho con esta demora."

Conviene explicar, á qué demora se refiere aquí Maximiliano. En la junta que acababa de verificarse, se había acordado hacer el día siguiente una salida general, pero Maximiliano mandó suspender ese movimiento, por veinticuatro horas más. A este propósito, dice el Dr. Samuel Basch, en su obra "Maximiliano au Mexique," página 233: Aunque la suspensión había sido decidida desde las once, el Emperador no se acostó sino hasta la una. La agitación le impedía dormir. A las tres hizo que me llamasen."

Luego, comenzando á narrar la ocupación de la Cruz, dice el príncipe, refiriéndose á la madrugada del 15: "Repentinamente entró el coronel López á mi cuarto y dijo de un modo extraño y escitado:—¡Ponto! salve vd. la vida del Emperador; el enemigo está ya en la Cruz! Con esto desapareció sin dar más explicación ó aguardar más pregunta." Después, refiriendo la salida de Maximiliano del convento, con algunos jefes, entre ellos, él mismo, sigue diciendo: "Al salir del zaguán para dirigirnos por la plaza al cuartel de los húsares, algunos soldados del enemigo nos detuvieron. Involuntariamente alcé uno de los revolvers del Emperador, pero me hizo una seña, y lo bajé. Al mismo tiempo, dentro del enemigo salió López, y á su lado el coronel liberal Don José Rincón Gallardo. Este reconoció al Emperador, mas volviéndose á sus soldados dijo: "Que pasen; son paisanos." Los soldados se hicieron á un lado y pasamos el Emperador, Castillo, Pradillo y yo de riguroso uniforme, y Blasio el secretario de S. M."

(1) Así acostumbra firmar ahora.

(2) Págs. 167, 168, 170 y 171.

Por último, refiriéndose al momento en que Maximiliano y sus mencionados jefes, iban en camino á las Campanas, dice así: "Un momento después, llegó López á caballo y armado. Suplicó al Emperador se fuese á casa del Sr. Rubio, el banquero, á donde estaría enteramente seguro; pero la contestación que recibió fué:—Yo no me escondo!—López dió la vuelta y se fué. De repente, como salido de las entrañas de la tierra, se presentó el caballo pinto del Emperador en manos de su caballerango. Presumo que el mismo López le trajo allí, el que evidentemente no deseaba incluir en su traición la libertad y vida del Emperador. — Es extraño que ninguno de nosotros sospechara que López fuera traidor, aunque todos le habíamos visto al lado del coronel liberal, y estaba libre!"

El historiador Arias, narrando el mismo suceso, y llegando al momento de la rendición del Archiduque, dice así (1): "Maximiliano se convenció de que todo había terminado: enarbó una bandera blanca: dió la orden de que cesaran los fuegos; hizo tocar parlamento, y envió á dos ó tres de sus ayudantes en busca del General en Jefe del ejército vencedor, para avisarle de su rendición. — Los parlamentarios, en sus respectivas direcciones, encontraron á los generales Ramón Corona y Aureliano Rivera, quienes instruidos de lo que se trataba, también mandaron suspender sus fuegos, y dar aviso al general Escobedo, que se hallaba recorriendo la extensa línea de ataque.—Antes de que este pudiese llegar, una fuerza imperialista, situada al pié del cerro, se desprendió en actitud de paz, hácia el punto en que se hallaba Corona, y uno de los oficiales que la mandaba, se acercó para decirle que Maximiliano tenía deseo de hablar con él.—Corona acompañó al general Cortina y de su Estado Mayor accediendo á la indicación del oficial, acudió al sitio en que el Archiduque le esperaba. Desde luego Maximiliano le manifestó, que ya no era Emperador, cuyo título había abdicado ante su Consejo de Gobierno en México.—Corona le contestó sin aspereza, diciéndole que esa cuestión no podía tratarse por él en aquellos momentos, pero le aseguró que tanto el mismo Maximiliano como los individuos que le rodeaban, tendrían las garantías suficientes para no ser molestados, esperando á que llegara el General en Jefe.—Pocos momentos después, el general Escobedo se presentó seguido de su Estado Mayor. Maximiliano se había adelantado á recibirlo, y tras un saludo grave, pero cortés, le indicó que deseaba hablarle en reserva. Escobedo se separó de su séquito para oír á Maximiliano. — El asunto era grave.

(1) Págs. 231, 232 y 233.

Maximiliano hacía la misma propuesta que había llevado López. "¿Me permitirá V., dijo, que custodiado por una escolta, marche yo hasta un punto de la costa donde pueda embarcarme para Europa, con la protesta que hago, bajo mi palabra de honor, de no volver á México?—Escobedo le contestó lacónicamente: No me es permitido conceder lo que V. pide.—Entonces Maximiliano replicó: "Puesto que así es, yo espero que V. no permitirá que se me ultraje, y que se me tratará con las consideraciones debidas á un prisionero de guerra."—Eso es V. mío, le respondió Escobedo. Entonces el Príncipe desciñéndose la espada, se la presentó, y el general hizo que la recibiese el gefe de su Estado Mayor."

Pradillo, el oficial de órdenes de Maximiliano, en su refutación á las memorias de Salm Salm, refiriéndose al momento de la rendición, dice, á la página 98: "El Emperador me tomó entonces del brazo manifestando á los generales que era preciso tomar una pronta determinación, para evitar mayores desgracias: y me ordenó que saliera á parlamentar con el general Escobedo bajo las bases siguientes: 1ª que si era necesaria alguna víctima, esa fuera él: 2ª que los individuos de su ejército fueran tratados con todas las consideraciones que merecían por su lealtad y valor: 3ª que las personas de su servidumbre particular no fuesen molestadas en manera alguna. Provisto de la insignia correspondiente, me dirigí á la población en busca del general Escobedo. Al llegar á la Cruz, ví á López en unión de muchos jefes y oficiales republicanos: montaba su caballo colorado, con el mismo equipo que acostumbraba usar, y nada revelaba que se encontrase en la situación de prisionero: al pasar cerca de él, volvió la cara para no mirarme. Me parece inútil referir mi entrevista con el señor Escobedo, así como el resultado de mi misión. Para concluir voy á relatar un hecho que confirma el infame proceder de López: "en una visita que los coroneles D. Pedro y D. José Rincón Gallardo hicieron al Emperador en la prisión de la Cruz, le refirieron los pormenores respecto á la manera con que López había *entregado* su línea: esta conversación la escucharon también el coronel Salm y D. José Blasio. Apelo si fuere necesario á la conocida caballerosidad de los Sres. Rincón Gallardo."

Consignaré, por último, los pormenores que me ha referido en multitud de ocasiones, el coronel Don José M. Rincón Gallardo, que fué el jefe republicano primero y principal que ejecutó, casi por entero, y con un valor y audacia verdaderamente temerarios, aquel movimiento de la ocupación de la Cruz.



Me ha dicho este militar que en la noche del 14 de Mayo, recibió orden del general Vélez, de ocupar la Cruz, en la madrugada del día siguiente, con los cuerpos "Supremos Poderes" y "Nuevo León," que se pusieron á sus órdenes; debiendo hacer ese movimiento, al pié de la letra, cuanto le indicara un jefe imperialista, llamado Miguel López, que había de salir de la plaza, á aquella hora; advirtiéndole, además, que en todo obrara con la mayor cautela, para no ir á caer en una celada, que era muy de temerse. Que en efecto, á las primeras horas de la madrugada, salió el jefe imperialista López (1), y, acto continuo, emprendió su marcha el coronel republicano, con sus tropas, yendo acompañado por aquél. Que indicándole López entonces, que iban á penetrar al interior del convento, el coronel Rincón Gallardo, recordando la recomendación que había recibido, se contuvo un momento, para decir á su acompañante: que iba á penetrar con él y con sus tropas dentro del edificio; pero que si allí encontraba una celada, él y sus soldados morirían, pero que antes moriría el jefe imperialista; y diciendo esto lo asió del brazo, y le colocó la pistola amartillada por el cuello, para disparársela, y dejarlo muerto, al primer intento que contra él y sus tropas, viera. Que á esto le contestaba López, dándole mil seguridades de que nada sucedería; más como, una vez dentro, no viera el jefe republicano el peligro que temía, cesó de amenazar á López.

Siguieron marchando hácia el interior, y cuando llegaron á los puestos imperialistas, se fué efectuando la ocupación, sin resistencia ninguna; pues á proporción que López iba dando las órdenes convenientes á los destacamentos que los guarnecían, el coronel Rincón Gallardo se apresuraba á irlos ocupando, desde luego, con sus tropas, reduciendo á prisión á los soldados enemigos, con sus armas y bagajes. De este modo llegó á ser dueño de toda la fortaleza.

Como las cosas estaban allí sucediendo con vertiginosa rapidez, y las circunstancias no daban tiempo á meditar detenidamente las que mejor convendría obrar, sucedió que de repente apareció Maximiliano con sus acompañantes que iban á salir del convento. Al verlos venir López, dijo al coronel Rincón Gallardo: "Ahí viene el Emperador, déjelo ud. pasar." Por más que al jefe republicano causó grande extrañeza le indicara tal cosa López, pues lo natural era aprehender allí al jefe del ejército enemigo, con la rapidez del rayo pensó que

(1) El general imperialista Ramírez Arellano en su opúsculo "Últimas horas del Imperio," habla de las dos salidas de López: la primera para conferenciar con Escobedo, y la segunda para conducir á los republicanos y entregarles la Cruz.

debía obrar según las órdenes que había recibido, haciendo al pié de la letra lo que López le dijera, y viendo á la vez, que en todo aquello se estaba allí desarrollando un plan que iba saliendo divinamente, y que obrando en contrario á las indicaciones del jefe imperialista, hubiera tal vez hecho fracasar ese plan, casi inconscientemente dió la orden á sus soldados de abrir paso franco á aquellos personajes, pensando también que al cabo, si el caso era deberse capturar al Archiduque, ello sucedería en cualquier otro punto de la ciudad, que estaba cayendo en poder de los sitiadores, pues toda escapatoria para los imperialistas, parecía imposible, principalmente para el jefe de ellos.

Como en la ocupación de la Cruz, había empleado el jefe republicano la mayor parte de sus tropas, por los destacamentos que había ido dejando, fué luego á capturar una numerosa fuerza que se hallaba en la plazuela situada frente al convento (1), con los pocos soldados que le sobraban, pero siempre acompañado de López. Este dió, al jefe de aquella fuerza, la orden de rendirse; mas notando entonces el coronel Rincón Gallardo, que dicho jefe, lejos de obedecer la orden de su inmediato superior, tomó una actitud amenazadora como resuelto á oponerse, avanzó solo, ya que se veía con tan pocos soldados para someterlo por la fuerza, ó para resistir su ataque, y comenzó á arengarle aquella tropa, haciéndole ver lo inútil de su resistencia, desde el momento en que las alturas del edificio, estaban coronadas de tropas republicanas, á cuyas descargas sucumbirían todos ellos, en caso de hacer armas contra él y sus soldados. El momento era crítico; terrible allí la situación del jefe republicano (2). Mas vió luego que, á sus palabras, algunos soldados de aquella tropa, comenzaron á depone las armas, y, á su ejemplo, los demás; el coronel Rincón Gallardo se apresuró entonces á tomarlos prisioneros.

Concluida la ocupación de la Cruz, marchó el mismo jefe, y siempre López á su lado, á apoderarse del convento de San Francisco, que logró de la misma manera; y cuando ya se vió dueño de esta segunda fortaleza, mandó echar las campanas á vuelo, en señal de triunfo.

Consumada la toma de la plaza, el coronel Rincón Gallardo, recibió un recado de Maximiliano, suplicándole pasara á verlo á su prisión. El jefe republicano acudió á aquel llama-

[1] Probablemente la misma que custodiaba la artillería allí formada, que refiere Zamacois.

[2] Es justo que digamos aquí, que, sólo su valor audaz y su serenidad, lo salvaron de aquel grande peligro.

do, y, á instancias del prisionero, le refirió los pormenores de la ocupación, no escaseando los denuestos contra López, por sus actos traidores, pues de tales los conceptuaba en ese acto; narración que escuchó el Archiduque, con la mayor calma, sin demostración alguna de enojo.

Así cayó la plaza de Querétaro. El conocimiento que hemos hecho de los detalles de ese grande acontecimiento, nos va á servir de mucho para el examen analítico de la cuestión histórica que vamos aquí á estudiar.



## SEGUNDA PARTE.

### CARACTER DE MAXIMILIANO.

#### II.

#### ESTUDIO SOBRE SU CARÁCTER POLÍTICO.

**T**ENEMOS ahora necesidad de conocer al personaje que hemos visto en la parte anterior, caer prisionero con todos sus generales y tropas, en la memorable mañana del 15 de Mayo de 1867.

Nuestro estudio se limitará tan sólo al conocimiento de su carácter político, transcribiendo aquí únicamente lo que de él está escrito sobre el particular, en muchos documentos é historias, escritos varios de ellos, por personas de su bando y adictos á su persona; haciendo á la vez, las observaciones que vá pidiendo en cada caso, para que entonces podamos así consignar al fin de esta parte, un resumen del juicio que formamos, deducido de los datos que vamos á asentar.

No he de poder seguir en el hacinamiento de citas históricas que voy á hacer para dar á conocer á fondo el carácter político del encumbrado personaje que vamos á estudiar, un orden rigurosamente cronológico, de los incontables hechos que nos lo ponen de relieve; y por eso me veré precisado á exponer uno de época determinada, concordarlo con otro de otra muy anterior ó posterior; luego á retroceder y en seguida volver á avanzar. Pero sí los iré consignando, siquiera sea, en el orden en que los voy encontrando en las obras y documentos que consulto.